

torrente contra la impetuosidad del cual la paz, los matrimonios, los juramentos, la sangre, el parentesco, la amistad, son diques impotentes. Se trata de defender la fe pública de los tratados contra las astucias del embrollo, y de alejar un ejemplo escandaloso que, por sus funestas consecuencias, pondría los más débiles á discreción de los más poderosos, y haría de la fuerza el único árbitro de todas las cuestiones. Se trata de conservar el derecho de gentes y de impedir que se introduzcan máximas en las monarquías que destruirían todo comercio entre los hombres y harían á la sociedad humana tan peligrosa como la de los leones y los tigres., Es un verdadero grito de alarma. Pero ¿cómo contener este poder que amenaza desbordarse por toda Europa? El autor hace un llamamiento al interés de los príncipes, para unirlos contra el enemigo de todos: "Se trata de defender el baluarte común contra un vasto designio que tiene por causa la avidez de conquistas, por fin la dominación, por medio las armas y la intriga, por límites los que la fortuna le depara. La suerte de Europa está en litigio; los príncipes pronunciarán la sentencia de su libertad ó de su esclavitud.,"

Tales eran las apremiantes instancias de España. Es evidente, como lo dice su publicista, que su causa era la de Europa. Sin embargo, su llamamiento no fué escuchado. Si la inacción de los príncipes no hubiese sido más que efecto de la debilidad ó de una ciega indiferencia, aunque condenando su egoísmo, se les podría excusar; pero aún había otros móviles mucho más culpables que impidieron su coalición. Es preciso descubrirlos y censurarlos, á fin de que se ponga bien en claro que la monarquía absoluta no garantiza ni aún la independencia de las naciones.

Empecemos por el emperador. Se llamaba siempre jefe temporal de la cristiandad: debía más que nadie tomar la defensa de la causa de Europa, aunque no fuera más que por el interés personal; porque si no se oponía al rey de Francia, sus magníficas pretensiones se convertían en una burla. ¿No era además el representante de la Casa de Austria? Y como tal, ¿no debía tomar la defensa de España? No le faltaron consejos y excitaciones para comprometerle en la vía de la resistencia: se le hacían cargos por su inacción, cuando todos los príncipes acusaban la ambición de Luis XIV; se le animaba á tomar una vigorosa resolución; se

hacían llamamientos á su honor y á su interés (1). ¿Por qué permaneció sordo á esas vivas instancias? El emperador negociaba con Luis XIV el reparto de la monarquía española: este interés personal le dominaba más que la libertad de Europa. Sus ministros casi confesaban que eran los ministros del rey de Francia. Sin embargo, Leopoldo sentía la ignominia de su posición: hubiera querido intervenir en favor de España, pero no se atrevía. ¿Qué digo? ¿no se atrevía ni aún á armarse! La cosa parece increíble. Es preciso leer la carta impertinente que Luis XIV hizo escribir á de Lionne para su embajador en Viena: "El rey dice que sois el ministro más osado de la tierra (y en esto Su Majestad os hace el mayor elogio á que podeis aspirar jamás), por haber conseguido impedir, por medio de vuestras persuasiones y de vuestras amenazas, que un emperador, sucesor de todos los Césares, se atreva á aumentar sus tropas., (2).

Cuando el jefe del imperio hacia traición á Alemania, ¿qué podía esperarse de los pequeños príncipes alemanes que apenas comprendían tuviesen patria que defender? En vano el rey de España recordó á la dieta de Ratisbona que los Países-Bajos estaban comprendidos en el círculo de la Borgoña: "miembro del imperio, había concurrido como tal á la guerra contra el Turco; por consecuencia, el imperio estaba obligado á defender dichos países contra los atentados del rey cristianísimo., (3). La dieta se negó á intervenir. No la harémos la honra de discutir los motivos; los archivos secretos de Luis XIV, publicados en nuestros días, han revelado las verdaderas razones de la inacción de los príncipes de Alemania. Aquellos cuyos Estados estaban á orillas del Rin se habían comprometido, por medio de alianzas secretas y pagadas, á guardar los pasos y á no permitir que tropa alguna pasara desde Austria á los Países-Bajos. Esto se llama, en el lenguaje vulgar, venderse al enemigo. ¡Hubo príncipes que llevaron su celo por Luis XIV hasta proponerle que ocupase sus fortalezas! (4). Avergonzados los historiadores alemanes del papel que hicieron sus miserables príncipes, se consuelan exaltando á uno de ellos, como haciendo una

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 411, t. II p. 157.

(2) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 248. Cf. p. 40.

(3) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 259.

(4) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 22 y sig.—COXE, *Historia de la Casa de Austria*, t. III, p. 513.

honrosa excepción en medio del envilecimiento general. Á creerlos, el gran elector es un tipo de patriotismo. ¡Sin embargo, es un pobre patriota el elector de Brandeburgo! Es verdad que al pronto empezó negociaciones con España; su ministro había ya firmado un tratado. Pero hé aquí que el rey de Francia le hace ofertas más ventajosas. ¿Las rechazó el patriota alemán? ¡Rechazó, sí, pero fué la ratificación del tratado con España! (1).

Las Provincias-Unidas estaban tan directamente interesadas en tener á Luis XIV, que el pensamiento de una coalición naciera en Holanda al mismo tiempo que en España. De Witt escribe en 1667 que no había más remedio para contener al rey de Francia, y hasta obligarle á abstenerse de los Países-Bajos, que una liga poderosa, pero que no sabía dónde encontrar apoyo (2). La mayor parte de los príncipes alemanes estaban vendidos á Luis XIV; Suecia no quería pronunciarse, y la Inglaterra estaba en manos del más despreciable de los príncipes. Sin embargo, de Inglaterra fué de dónde salió el primer movimiento que trajo la triple alianza. Tomó la iniciativa de este proyecto el caballero Temple. Sostuvo ante el rey Guillermo la política que desde entonces ha venido á ser en cierto modo un artículo de fe para la nación inglesa: "No está en el interés de Inglaterra, dice, ni en el de la Europa en general sufrir que Francia se apodere de los Países-Bajos. Si Luis XIV fuera dueño de Flándes, Holanda se convertiría en una provincia marítima de Francia, y los electorados del Rin se verían amenazados., (3). Los temores de Temple eran demasiado fundados: lo que Francia llama sus fronteras naturales es un peligro para la libertad de Europa. De ahí la triple alianza.

¿Cómo es que Carlos II, después de haber prometido su neutralidad á Luis XIV, se decidió á entrar en una liga contra él? Los ministros de Carlos II participaban, en apariencia, de los sentimientos de Temple: "En otro tiempo, decían, Francia ha excitado á los Estados de Europa á ligarse para rebajar la Casa de Austria, porque aspiraba á la monarquía universal; hoy puede haber el mismo temor de la ambición francesa., Confiesan que los

Ingleses tenían una envidia furiosa del poder de Luis XIV; ya veían perdidas las diez y siete provincias belgas, y después de esto les parecía infalible la ruina de Inglaterra. Hé ahí máximas muy sábias; y no se sabe por qué el gobierno, obedeciendo á sus legítimos temores, no se puso desde un principio al frente de una coalición para evitar el peligro que temía. Si hubiera tenido conciencia del derecho de las naciones, no habría podido vacilar. Pero el interés se acomoda más fácilmente. El duque de Buckingham aseguró al embajador de Francia que, si Luis XIV no lo quería todo para sí, si quería repartirlo con Inglaterra, habría medio de cambiar la opinión pública. En este terreno era difícil entenderse, porque Luis XIV lo quería todo. Entonces el ministro inglés entró en las miras de Temple; verémos si era con seriedad. Temple propuso á de Witt una liga ofensiva y defensiva entre Inglaterra y las Provincias-Unidas. Los estados generales no querían más que una liga puramente defensiva. La alianza á que accedió Suecia fué defensiva en la forma y ofensiva en el fondo (1).

La triple alianza no fué más que el primer germen de coalición. Estableció suma reserva en las medidas que tomó para contener las conquistas de Luis XIV. Conociendo las pretensiones del rey de Francia, se obligó á hacerlas aceptar por España. No debían armarse los aliados para combatir al rey de Francia sino en el caso de que quisiera continuar sus invasiones. Concedían, pues, los aliados á Luis XIV lo que deseaba; sin embargo, había una amenaza en la liga: le imponían lo que quería. Si el joven conquistador se contuvo ante esta amenaza, no fué ni por amor de la paz ni por temor de ver á Europa coaligarse contra él. Acababa de hacer con el emperador un tratado de reparto de la monarquía española que le aseguraba la totalidad de los Países-Bajos. ¿Para qué se había de obstinar en conquistar algunos girones de un país que debía recaer en él todo entero?

§ III.—La primera coalición.

I.

Apénas había Luis XIV firmado la paz de Aquisgran, cuando pensó ya en invadir la Holan-

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 513, 547, 554.

(1) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staats*, t. II, páginas 287 y 298.

(2) DE WITTE, *Briefven*, t. IV, p. 562, 581 y 588.

(3) TEMPLE, *Cartas*, t. I, p. 151, 187.

da para castigarla de haber urdido la triple alianza. Si Suecia é Inglaterra hubiesen tenido el sentimiento del deber, con haber comprendido tan sólo sus verdaderos intereses hubieran debido abrazar sin vacilacion el partido de su aliada contra la más injustificable de las agresiones. Era una obligacion que les imponía, si no la letra, á lo ménos el espíritu del tratado. Pero en vez de permanecer unidas á los estados generales, Suecia é Inglaterra se hicieron cómplices de los robos de Luis XIV. No hay prueba más evidente de la inutilidad de la política que se ha adornado con el nombre del sistema de equilibrio. ¿Qué fué de las bellas máximas sobre el peligro de una monarquía universal y sobre la necesidad de unirse contra el enemigo comun? Cederán ante una cuestion de dinero. Diríase que Suecia é Inglaterra no se habían ligado un instante contra Luis XIV sino para vender más cara su desercion.

Nada más interesante que las negociaciones de Luis XIV con Suecia. La aristocracia sueca no dejó de invocar las máximas del equilibrio: "Era preciso tomar con la Casa de Austria contra Francia los mismos compromisos que en otro tiempo se habían tomado con Francia contra la Casa de Austria, porque, habiendo dado origen á estas uniones los vastos designios de esta última, era necesario, para contrabalancear estos dos poderes, volverlos contra Francia, hoy que no parecía tener ni ménos aspiraciones ni ménos fuerzas." No hubiera hablado Temple mejor. Pero el Senado de Suecia tenía, además, otra razon para continuar unido á la alianza holandesa; el gran canciller lo confesó todo ingenuamente al embajador de Francia: la triple alianza pagaba á Suecia un subsidio de 500.000 escudos; Francia no le ofrecía más que 300.000, lo cual representaba una pérdida clara de 200.000 escudos. El argumento era irresistible. Luis XIV sabía ahora el precio justo de la alianza sueca; ya no quedaba más que convenir en la cifra. Una circunstancia vino á ayudar al rey de Francia. España debía pagar el subsidio estipulado por la triple alianza; pero los Españoles eran malos pagadores. Esto era un paso hácia la alianza francesa.

Cuando llegó el momento de fijar el montante de los subsidios, hubo dificultades. Aunque era rico, Luis XIV regateaba, y no sin razon; tenía á sueldo tantos príncipes! El senado puso un arte infinito en ocultar su avaricia bajo las apariencias

de un celo desinteresado por la grandeza del joven rey; encargó al embajador francés expresar á su soberano "el deseo de Suecia de unirse más fuertemente que nunca á sus intereses, aunque en ocasion en que no había cuestion que le fuera propia, y que sólo la imposibilidad de soportar la defensa de tal compromiso le reducía á pedirle los medios." Á la verdad, los Suecos merecen ser llamados los Gascones del Norte. No hemos llegado todavía al final de esta escena de alta comedia. Los Holandeses estaban más interesados que Luis XIV en arrastrar á Suecia á su alianza, y les ofrecieron también dinero. Hé aquí, pues, á Suecia en pública subasta. ¿Quién vencerá, el rey de Francia ó los ricos mercaderes de Amsterdam? Los nobles suecos se pronunciaron por Luis XIV, porque pagaba con admirable regularidad. El negocio se terminó.

En el tratado público no se habla más que de la garantía de la paz de Westfalia. En el tratado secreto se encuentran las condiciones de la venta. Luis XIV pagaba 400.000 escudos ántes de la guerra y 600.000 despues del principio de las hostilidades: el rey de Suecia promete oponerse con las armas á los príncipes alemanes que quisieran auxiliar á las Provincias-Unidas (1). Sin embargo, Europa entera concluyó por sublevarse contra el rey de Francia. ¿Cómo impedir que Suecia tomara parte en la coalicion? Luis XIV poseía un medio seguro para conservarla en su alianza tanto tiempo como su tesoro estuviese bien provisto. Aumentó el subsidio con 400.000 escudos, "dejando á su embajador el cuidado de juzgar si sería preferible no anunciar más que la mitad de este aumento, salvo emplear la otra en ganar los personajes aptos para llevar á cabo sus designios." Estos medios de corrupcion se llamaban *gratificaciones*. Pueden leerse en la correspondencia del marqués de Feuquieres los detalles de este tráfico de conciencias, que subleva la conciencia: "Los más altamente colocados, dice, eran los que ménos reparos ponían," (2).

Cárlos II se parecía á los noble de Suecia; mendigaba y recibía sin mortificarse. Necesitaba dinero para sus queridas, le necesitaba para sus

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, pág. 295, 344, 325, 350 y siguientes, 364.

(2) MIGNET, *Negociaciones*, t. IV, p. 337.—*Cartas de FEUQUIERES*, t. III, p. 211, 213.

cortesanos, y el parlamento negaba todo á un rey que desafiaba, como si en ello tuviera un gran placer, los sentimientos de la nacion. Cuanto más avaro se mostraba el parlamento, tanto más generoso era Luis XIV. Ese mismo duque de Buckingham, á quien hemos visto recitar tan bellas máximas sobre el equilibrio, se encargó de negociar el vergonzoso tratado por el cual su amo se vendió á Francia. Cuando el rey sacrificaba su honor á sus torpes placeres, ¿por qué no había de ayudar el ministro á negocios que eran el único medio de conservar el favor? Sin embargo, necesitaba un pretexto honrado para cubrir su infamia. Se declaró en el acto de la alianza que, estando convencido el rey de Inglaterra de la verdad de la religion católica y resuelto á declararse católico, creía que, para facilitar la ejecucion de su designio, podría serle necesario el auxilio del rey cristianísimo. Por consiguiente, Luis XIV se comprometió á suministrar á Cárlos II, ántes de la mencionada declaracion, la cantidad de 200.000 libras esterlinas (1). ¿Era serio el proyecto de catolizar á Inglaterra? Esto probará que, cuando se trata de su religion, los católicos no conocen ni conciencia ni patria. Pero nos cuesta mucho creer que Cárlos II pensase en una revolucion en la Iglesia que podía costarle la corona y la vida; era un espíritu demasiado fútil y poco dispuesto á sacrificar sus comodidades y sus libertinajes, para lanzarse en aventuras, aunque fuese por la causa de Dios. En su hermano, el duque de York, la exagerada devocion acallaba hasta el sentido comun; Cárlos II, más prudente, se guardó bien de declararse católico; entretuvo al rey cristianísimo con este bello designio para sonsacarle libras esterlinas, que empleaba en otros usos que en hacer conversiones.

El emperador se veía cogido entre Francia y España. Había hecho con Luis XIV un tratado eventual de reparto de la monarquía española. Cómplice de Luis XIV, le era difícil entrar en una liga contra él. Pero también escuchaba las quejas y los clamores de la corte de Madrid, y se veía solicitado por los estados generales y por el elector de Brandeburgo. ¿Á qué influencia cedió? Al interés personal. También Leopoldo tenía necesidad de dinero para contener la Hungría, cada vez más descontenta. ¡Se rebajó hasta solicitar un subsidio de

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 56, 148.

Luis XIV! Por otra parte, para dar satisfaccion á España y á las Provincias-Unidas, hizo que negociaba una alianza con los estados generales. El nombre del negociador no podía ser más significativo: era el baron de la Isola que había tratado de sublevar á Europa contra Luis XIV cuando el joven rey invadía la Bélgica en nombre de los derechos de la reina. Pero todo se reducía á una farsa. El príncipe Lobkowitz respondió á las quejas de Francia "que Isola no era más que un muñeco que se había dado á los españoles para entretenerlos y que él tendría mucho gusto en ver en Holanda un buen ejército francés." El príncipe trató de dar aire de grandeza á esta cobarde perfidia: "¿No eran los mercaderes de Holanda súbditos sublevados contra la casa de Austria? Pues Luis XIV vengaba la causa del emperador. Se le deseó buen éxito, y se le prometió dejarle obrar á su voluntad." Sin embargo, muy pronto parecieron en la corte de Viena demasiado rápidos los triunfos; el emperador se vió vengado más allá de su deseo. Decía "que era preciso tomar precauciones contra el engrandecimiento del rey cristianísimo, que se hacía demasiado poderoso bajo todos conceptos; que aunque no quería ser el primero en ocasionarle perjuicio, debía concurrir á contener ese gran torrente de fortuna." Pero aquello no era más que una veleidad de energía. El emperador concluyó por prometer su neutralidad en la más injusta de las guerras (1).

Mientras el emperador se declaraba neutral, los príncipes del imperio se ponían á sueldo de Luis XIV. Unos le dieron soldados, otros le concedieron el derecho exclusivo de reclutar tropas en sus Estados, y hasta hubo algunos que comprometieron su voto con el rey de Francia para la corona imperial. Luis XIV era dueño de Alemania ¿Cómo había ganado todos los príncipes grandes y pequeños? Los pagaba buenos subsidios y los hacía esperar una parte del botín. La caída de la república era inevitable, decía el príncipe de Fürstenberg, el negociador del rey de Francia; era preciso arreglarse para poderse aprovechar de sus despojos. El mismo lenguaje usaba Lionne: según él, el rey no quería guardar nada para sí; abandonaría todas sus conquistas á sus aliados (2).

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 368, 465, 502 y siguientes, 512, 551.

(2) MARTIN, *Hist. de Francia*, t. XIII, p. 359, 361.—PUFFENDORF, *de Rebus gestis Frederici Wilhelmi*, XI, 1, 9.